



sin querer dar a entender eso por delante y abriendo bien rectas porque si había de quicio a doña Eutimia cualquier manera) que momento dudando de que fuera — a criterio de su se sentía de haberlo instruido dentro y a puerta cerrada de los más celebrados (aunque sin bulla exagerada ni, por supuesto, luciendo gorritos ridículos ni matasuegras) cánones de la ética — a estarse ciñendo estrictamente a la verdad de unos hechos que, al paso que íbamos (el reloj de la sala terminaba de marcar tan puntual como solía las 5:27 P.M.), ya se vería si llegaban a verse consumados por, al menos, la cocinera del padre y muy señor de la tía soltera de la del tercero o, en su defecto — posibilidad que no debía en modo alguno dejar de contemplarse pues que ella misma, previsora, había mandado recado con don Anselmo, [el registrador de la propiedad](#) —, la menor de las sobrinas del corredor de apuestas, bastante más feucha que sus hermanas pero, también, la que de mejor vista gozaba para llevar adelante una labor tan fina como lo era la de sacar punta a algo que, saltaba a la vista, no admitía más vuelta de hoja que la de entrar por el aro de resignarse a que las cosas ya no iban a ser nunca como lo habían sido hasta fecha inmediatamente anterior a que la freidora de las de Gordillo desapareciese¹ sin dejar más huella que aquel su peculiar olorcillo a bergamota que nunca la abandonaba.

El despertador de la señorita Susi

Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, todo el mundo quiso arrimarse al protagonista de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no había tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor: habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es el que un despertador no funciona.

— ¡Y más considerando! — el presidente interrumpió la lectura del memorándum y **levantó la mano derecha**, se presionó los lagrimales con el índice y el pulgar de la izquierda y, tras un breve suspiro, debió una mirada seria, algo cansada, a la mujer que tenía enfrente — considerando, no quería señora, que había obligado a la encantada a saltar de la cama a las... — **levantó la mano derecha** y batió los párpados en busca de... —

— Las 5:25 de la madrugada — declaró desde el fondo de la sala una voz masculina alta, clara y bien timbrada.

— ¡Exacto! — El presidente comentó con un cierto regocijo que había encontrado el renglón que buscaba un par de décimas de segundo antes de que la voz se elevase — Las 5:25 de la madrugada y a nuestra encantada, aquí presente, no había nada que la obligase a levantarse de la cama (¿dónde está, pues, el drama?)

levantó la mano derecha

— ¡Como santo, ni diemta no lo sabí! — protestó con viveza un caballero de caballo blanco que ejercía sus días burocras como abogado — Al drama, señora, se le había perdido la pista la noche anterior, más exactamente cuando la tarde caía no precisamente sobre la ciudad pero sí sobre un pequeño concejo anexo a los jardines colindantes al palacio episcopal... —

— ¿Y como se daba la circunstancia de que por **añadidura** no era de vital ni de su importancia — el presidente se **levantó la mano derecha** —, esta vez con el gesto expeditivo del que no está en absoluto

¹ A primera hora de la mañana de un jueves de primavera portando, tan sólo y como todo equipaje, el recuerdo emocionado de cuántas patatas y cuántos huevos no habría frito a lo largo de una vida que ahora — a la vuelta de la esquina por la que dobló de forma un tanto impulsiva o llevada, tal vez, de un inusitado espíritu de aventura — contemplaba con una nostalgia que en los tiempos en los que suspirase por ser alguien de utilidad más intelectual (o incluso artística) no había soñado que llegaría nunca a ocupar un rincón en su corazón.